

Emplear nuestro cerebro para corregir los defectos del cerebro me parece una bella y buena empresa. Como el lector, yo preferiría comprometer mi espíritu en la persuasión moral por la palabra y el ejemplo. Desgraciadamente somos una raza de enfermos mentales y, en tanto que tales, sordos a la persuasión. Tal persuasión se ha intentado desde el tiempo de los profetas hasta Albert Schweitzer. El resultado, al decir de Swift, ha sido que “tenemos la religión exacta para hacernos odiar a nuestro prójimo, pero no la suficiente como para hacérselo amar”. Esto vale para todas las religiones, teístas o laicas, hayan sido ellas enseñadas por Moisés, Marx o por Mao Tsé-tung; y el grito de angustia de Jonathan Swift: “No morir aquí, rabiosos como una rata en el agujero”, aún sigue siendo el grito de nuestra época. La naturaleza nos entrega a nuestras propias fuerzas, Dios ha descolgado su teléfono, y el tiempo apremia. Esperar que la salud sea sintetizada en laboratorio, vaya que suena materialista, quizás, o extravagante, o ingenuo. A decir verdad, hay en esta esperanza un matiz jungiano: se retorna en eso al sueño del *elixir vitae* que pensaban cocinar los viejos alquimistas. Pero del elixir nosotros no esperamos que nos proporcione la vida eterna, ni que transforme en oro un vil metal. Queremos que cambie el *homo maniaticus* en *homo sapiens*. Cuando el hombre decida tomar en la mano su destino, esta posibilidad estará a su puerta.

## GENERALIZACIONES SOBRE LA BASE DE LOS RESULTADOS DE LA INVESTIGACION

Las generalizaciones deben basarse sobre el fundamento de los resultados científicos de la investigación. Si una vez formuladas gozan de reconocimiento general influyen muy a menudo, por su parte, en la ulterior evolución del pensamiento científico al demostrar una de las numerosas posibilidades imaginables del adelanto.

ALBERT EINSTEIN